

Ramiro Palacios Cuesta

CONTAR EL AGUA

La mujer inclina la jarra hasta verter un gota de agua sobre los geranios, otra más la reserva para frotar con la punta de sus dedos el tronco del magnolio, con la humedad que han atrapado las huellas se refresca el rostro, así ya puede descansar un rato. Permanece inmóvil hasta el anochecer y espera el alba, para que las milésimas porciones de agua sean atrapadas de nuevo por su perola de barro.

Un hombre endereza su espalda y mira la posición del sol, más tarde dirige su vista a la pared que está levantando, debajo del sombrero lleva anudada una tela de gasa. Se quita el sombrero y desanuda con cuidado la gasa humedecida por el sudor, guarda la tela en un bote y lo tapa. En lo que resta del día, repite varias veces la operación, su esfuerzo es recogido por la tela de gasa e introducido en el bote. Cuando se coloca la última pieza, el sol ha tomado su curva hacia el infinito. Entonces, saca una a una las gasas y humedece la piel de las siete calabazas que duermen sobre la tierra. Al cabo de unos instantes, las hojas comienzan a levantarse y las calabazas relucen al trasluz de la luna.

El hombre espera la sopa de calabazas en su casa, ellas chupan el sudoroso néctar dejando salados puntos blancos que él volverá a frotar al día siguiente.

Hay un corro de gente, todos mayores, sus voces apenas pueden distinguirse entre las ráfagas de viento. Tapan su rostro con unos pañuelos de cuadros, y antes de pronunciar palabra se llevan la mano a la boca. Ni una sola mota de saliva les será arrebatada por el viento, así podrán permanecer en corro conversando con él eternamente, respetando su furia, dando sentido a su ruidoso silencio.

Una madre arrastra a su hijo que se agarra al extremo de sus faldas, llega un momento en el que no puede más, sienta al niño y lo sitúa delante de la pila del agua. Pone sus manos debajo y espera la caída de unas gotas, con ellas humedece la frente de su hijo. El niño quiere saber de dónde vienen esas gotas y restriega sus manos sobre el borde de la vasija, cuanto más presiona con sus dedos, más parece alejarse el agua. La madre toma de nuevo las manos del niño y las acerca sin llegar a tocar la vasija. Ambos esperan en esa posición un buen rato, al cabo, el fondo de la perola comienza a oscurecerse y finalmente vuelve a aparecer una gota de agua.

—Has de atraer el agua con tus manos, si la aprietas no querrá venir contigo, —le dice la madre.

Una anciana ordeña con su abanico el aire del final de la tarde, con sinuosa paciencia desplaza su brazo de un lado a otro, concentrando su



movimiento en las hojas de plátano que ha situado a sus pies. Una vez el sol ha dejado de chupar el aire, la anciana comienza a obtener los primeros frutos de su cosecha, una minúscula gota se desprende de la punta de su abanico. A beber de ella acude un lagarto de brillante lomo, el animal saca su lengua y atrapa el vaivén de la anciana, más tarde aparecen dos jilgueros a picotear la segunda gota, obtenida ya con la luna bien alta. La mujer ha de esperar su ración hasta saciar a golondrinas y lombrices.